CAPÍTULO VIII.

ESCULAPIO.

Orígen y formacion de la leyenda de Esculapio. — Nacimiento del dios. — La ninfa Ociroe. — Esculapio, médico divino. — La serpiente de Esculapio. — Fedra é Hipólito. — Trágico fin de éste. — Resucitale Esculapio. — Muerte de Esculapio. — Su culto. — Su representacion artística. — Hepione, Hygia, Telesforos. — Santuarios de Asclepios. — Famoso templo de Epidauro. — El culto de Esculapio en Roma. — Primitivas deidades curativas. — Salus. — Febris. — Vacuna. — Angitia. — La maga Circé.

Esculapio (en Grecia Asclepios) era la divinidad invocada para la curacion ó alivio de las enfermedades del cuerpo. Dice la *Iliada* que los naturales de Tricca, Itome y Œchalia acudieron al sitio de Troya llevando por caudillos á Podaliro y Machaon, hijos de Asclepios, calificado de «excelente médico» y tenido por discípulo del centauro Chiron; pero nada en los poemas homéricos indica todavía que haya llegado al rango divino. Ocuparía áun entónces la categoría de héroe, y su culto apénas sería conocido fuera del recinto de los montes tessalios, donde tuvo su cuna; el médico celeste de los inmortales era en aquella época Pean, y no Asclepios. Sin embargo, á poco, en los himnos homéricos, su leyenda se forma, se precisa y desenvuelve, y establecido su culto en las riberas del lago Bobeis, en los llanos de Tessalia, de allí se extendió por toda la Grecia, y luego por Italia y otras regiones del mundo romano.

Relatado queda el trágico nacimiento que la leyenda tessalia atribuía á Esculapio; Apolo fué su padre y su madre Coronis, hija del rey Phlegias; llevábalo ésta en su seno cuando avisado el dios por el cuervo profético á cuya vigilancia la tenía confiada, de la infidelidad que en su agravio cometiera con el árcade Ischys, ordenó á su hermana Artemis dar muerte á la adúltera, ó encargó á su propio brazo la ejecucion de la sentencia: la infeliz Coronis espiró atravesada de un flechazo en su alcázar de Lakeria; y estaba ya en la pira su hermoso cuerpo cuando acudiendo Apolo arrancó con vida al hijo de las entrañas de la madre, cuyo cuerpo devoraba el fuego. Asclepios nació, pues, como Dionysos en medio de las llamas de una madre herida por la cólera celeste; sus atribuciones curativas recibiólas de Apolo, el dios solar cuyos rayos ejercen en el cuerpo humano benéfica influencia, tenido, conforme hemos visto, por una deidad de la salud. En la persona de su hijo refluyó ese atributo paterno; quizas el nombre de aquel no fué en un principio sino uno de los epitetos de Apolo, que con el tiempo se desprendió de él para constituir una divinidad distinta.

Pero, sea como fuere, la leyenda sigue diciendo que el niño fué llevado por su padre al monte Pelion y confiado allí á los cuidados del sabio centauro Chiron, quien le instruyó en el arte de la caza y en la ciencia de la medicina. Al verle la rubia hija del Centauro, por nombre Ociroe, nacida de la ninfa Cariclo, sintió encenderse en ella el profético espíritu que la animaba, y con fervor que se manifestaba en su inspirado semblante, suelta la cabellera, alta la voz, dijo: — ¡Crece para la salud del

mundo, tierno niño! Muchos mortales te deberán la existencia; hasta te será dado devolver la vida á los muertos. Mas, por haberlo intentado una vez á despecho de la cólera divina, el rayo de tu abuelo te impedirá repetirlo. Aunque dios, quedará tu cuerpo exánime: abandonando tus mortales despojos, serás un dios tornado, y por dos veces serán torcidos tus hados. Tambien tú, padre amado, tú que no eres mortal, tú á quien ha dotado el Destino de una existencia que ha de prolongarse por todos los tiempos, habrás de desear morir cuando la ponzoña que por cruel herida se infiltrará en tu pecho, sea para tí manantial inacabable de dolores. Aunque inmortal, piadosos los dioses te sujetarán á la muerte, y las tres Parcas cortarán el hilo de tus dias.—Otros misterios se disponía á revelar la ninfa, cuando exhalando de su pecho hondo suspiro, dijo miéntras corrían por sus mejillas copiosas lágrimas:—El Hado me lo veda; no puedo hablar más, la voz me falta. ¿Por qué ha debido el arte mio atraer contra mí el enojo de los dioses? ¡Ah! ¡cuánto mejor habría sido ignorar lo que está por venir! Ya siento que la forma humana me abandona; ya la hierba me seduce, ya el instinto me empuja hacia las vastas praderas. Mi cuerpo, como el de mi padre, toma la forma del caballo; mas ¿por qué siendo biforme él, experimento yo transformacion completa?—Así Ocíroe se lamentaba, y sus palabras apénas pudieron por lo confusas comprenderse. A poco no se oyeron ya acentos humanos ni tampoco relinchos, sino un rumor que parecía querer imitarlos; pocos intantes despues prorumpió en relinchos verdaderos. Muévense sus brazos sobre el césped; únense sus dedos y sus uñas forman una sola. Su boca crece, alárgase su cuello, la fimbria de su rozagante vestidura se convierte en cola, y forman sus sueltos cabellos ondulantes crines.» (Ovidio).

En Epidauro, centro que fué en la época histórica de la religion de Asclepios en la Grecia propiamente dicha, existía otra tradicion acerca de su nacimiento. Durante una expedicion de Phlegias al Poloponeso, Coronis dió á luz al hijo de Apolo en el mismo territorio de Epidauro; el recien nacido, á quien su madre quiso sustraer á la cólera de Phlegias, fué por ella expuesto en el monte Tition, y allí lo amamantó una cabra y amparóle un perro, quedando oculto á todas las miradas entre breñas y riscos. Cierto dia sin embargo el pastor Arestanas que corría por el monte en busca de una res extraviada, oyó sus vagidos y quiso recogerle; pero en aquel momento de la frente del niño irradió celeste claridad, y el zagal asustado dióse á precipitada fuga.

No era esta la única variante que tenía la leyenda del nacimento de Asclepios. En Gerenia, donde existía un templo de Apolo y el sepulcro del Asclepíades Machaon, y lo mismo en Messenia al pié del monte Itome, la madre del dios no se llamaba Coronis, sino Arsinoe, la cual fué hija de Leucipo y hermana de Hileira y Febea, robadas por los Dioscuros, orígen que corrobora la opinion de los autores que creen haber sido Asclepios en su orígen personificacion de la luz solar, á cuyo suave calor se recobran las perdidas fuerzas y se curan las enfermedades. Finalmente, mitólogos hay que hacen nacer á Esculapio, en forma de serpiente, de un huevo de corneja; pero corneja es lo mismo que Coronis, pues esto significa tal nombre, y la serpiente, como luego dirémos, es símbolo del mismo dios.

Perdida que fué aquella primitiva significacion de Asclepios, no vieron en él los Griegos sino al médico divino, al dios salvador cuya proteccion invocaban en las enfermedades y tambien en inminentes peligros, y diéronle por atributos el baston que sirve de báculo al médico en los viajes que ha de emprender en auxilio de los que no pueden valerse, la copa llena de salutífero licor y la serpiente como animal divinatorio por excelencia, ya que la medicina y el arte de adivinar andan muchas veces identificados en las primeras edades. La serpiente, mudando la piel se renueva y restaura, dice Plinio, y del mismo modo se renueva el hombre por medio de la medicina, ya que los medicamentos le forman como un cuerpo nuevo. Contaba Hygin que el dios de la medicina halló el secreto de resucitar á los muertos observando las serpientes, y dice: «Hallábase Asclepios junto á un enfermo cuando se enroscó una serpiente en el baston que tenía en la mano; matóla el dios, pero á poco se presentó otra llevando en la boca una hierba con que resucitó á aquella. Recogió el dios la salutífera planta al conocer su virtud maravillosa y la usó en varias ocasiones.»

«Aunque las serpientes en general están consagradas á Esculapio pertenece sin embargo esta prerogativa á una especie particular de color amarillento. Estas no dañan á los hombres y únicamente se crian en la tierra de Epidauro.» (Pausanias).

Atribuíanse á Asclepios muchas y portentosas curaciones; compañero de los Argonautas en su peligrosa expedicion curóles de toda enfermedad, y tan lejos llevó su ciencia que resucitaba á los muertos. Glaucos, Aretoo, Capaneo é Hipólito, fueron por él devueltos á la vida, siendo la leyenda del último famosa entre cuantas á este dios se refieren.

Hipólito, hijo de Teseo y de Antíope, reina de las Amazonas, sentía aversion á los placeres livianos del amor; en su pecho casto y puro sólo cabía ardiente devocion á la rígida Artemis, á la blanca diosa lunar, que á su vez le protegía y le hacía objeto de especial cariño. Para él era como si no existiesen los altares consagrados á la diosa del amor: á ejemplo de su deidad predilecta pasaba la vida en el monte, dado al rudo ejercicio de la caza, y cuando de ella regresaba, prosternado ante la imágen de la casta vírgen, ofrecíale una corona tejida con las flores de la sagrada pradera. La diosa de Citerea vengóse de tantos agravios encendiendo una pasion que fué causa de horrible tragedia.

Fedra, hija de Minos y de Pasifae y hermana de Ariadna, compartía con Teseo el tálamo, y le había dado ya dos hijos cuando sintióse poseida de incestuoso amor por su entenado. Para tener ocasion de encontrarse á menudo con él mandó levantar un templo á Afrodita en las cercanías de Trezena; á él se dirigía con frecuencia pretextando sacrificios á la diosa, y desde lo alto del mismo complacíase en contemplar á Hipólito ejercitándose en la lucha ó corriendo tras la caza por las inmediatas llanuras. En aquel tiempo partió Teseo para su expedicion á las regiones infernales, y Fedra, cesando en la lucha que hasta entónces sostuviera con su propio corazon,

Fig. 370.—Esculapio. (Estatua antigua).

abandonóse liviana á lo que este le inspiraba; quizas creyó que el esposo no había de volver de su peligroso viaje, y declaró á Hipólito su torpe deseo, excitándole á dividir con ella el tálamo y el trono. Sereno ante la belleza de Fedra, insensible á sus halagos, sordo á sus ruegos, el casto mancebo la apartó de sí con indignacion, y al regreso de Teseo «la hija de Pasifae, refiere el mismo Hipólito á la ninfa sabina Egeria, despues de haberme vanamente solicitado para que profanara el tálamo paterno, fingió haber sido yo quien meditara el crímen en su pecho concebido. Por temor de una revelacion mia ó por despecho de mi negativa, acusóme de haberla con

mi amor ultrajado, y mi padre, á pesar de mi inocencia, me desterró de Atenas y fulminó contra mí terribles imprecaciones.» (Ovidio). [1]

Y aún hizo más: por la laguna Estigia le había jurado Neptuno cumplir su primer deseo, y el airado padre apeló al dios para que le ayudara en el castigo del mentido ultraje dejando sin vida al mancebo. Su ruego por desgracia no fué vano.

«Proscrito Hipólito emprendió triste el camino de Argos y Epidauro, refiere uno de sus compañeros de destierro; pero apénas pasados los límites de aquel país hubimos penetrado en la region desierta y se ofreció á nuestros ojos el mar en el punto mismo en que comienza el golfo de Salónica, sonó horrible explosion como subterráneo trueno de Zeus llenándonos á todos de espanto. Levantaron los caballos la cabeza, amusgaron las orejas, y cuando ignorando la causa del estrépito unos á otros nos mirábamos atónitos, vimos elevarse del mar hasta el cielo inmensa mole de agua que ocultó á nuestra vista las playas de Sciron y sepultó el istmo y la peña de Asclepios. Hinchándose más y más, lanza al rededor bramadores torrentes de espuma empujados por la furia del mar, y desplomándose en la playa por donde iba el carro de Hipólito, y abriéndose con terrífico fragor, vomitó un monstruoso toro, endriago horrible cuyos espantosos bramidos hacían resonar los ecos de los lejanos montes. El horror del espectáculo no podían resistirlo ojos humanos. De pronto apodérase de los corceles invencible espanto; su dueño, habilísimo en guiarlos, empuña las riendas, las recoge inclinándose hácia atras, como el marinero que rema con fuerza, y con ellas rodea su cuerpo; mas los asustados brutos, bebiendo el freno, se disparan y no conocen la mano que los guia, ni las bridas ni el carro. Si con las riendas recogidas quería Hipólito en el camino llano dirigir su veloz carrera, plantábase el monstruo delante del tiro, y redoblando su espanto obligábale á retroceder; más furiosos aún lanzábanse los caballos por entre las breñas, pero el monstruo galopaba entónces á su lado en silencio hasta que al fin tiro, carro y cochero se estrellaron con horrible estrépito y confusion contra las rocas. Los rayos de las ruedas y los cubos vuelan en astillas; y en tanto el infeliz, enredado en las riendas, sin poderse desprender de los lazos con que le sujetan, vése arrastrado por entre la maleza; las piedras mutilan su hermosa cabeza y desgarran su gracioso cuerpo. — Deteneos, gritaba con voz lastimera, deteneos, corceles, á quienes con tanto mimo he criado, no así mateis á vuestro dueño. ¡Oh padre mio! ven á salvar á tu inocente hijo. — En vano era nuestro deseo volar en su auxilio; á pesar de nuestros esfuerzos no podíamos alcanzarle. Por último, libre de las riendas que lo encadenaban, cayó al suelo próximo á exhalar el postrer suspiro, y en el mismo instante desaparecieron sin saber cómo los caballos y tambien el monstruo, ocultos quizas en alguna de aquellas hondonadas. (Eurípides).

«Caí derribado del carro, dijo el príncipe á la ninfa Egeria al referirle su trágico fin; hubiérais visto entónces mis piés enredados entre las riendas, mis entrañas por el suelo; espinos y malezas me arrancaban á pedazos la carne, mis miembros quedaban acá y allá esparcidos, mis huesos se rompían con horrible crugido, y yo exhalaba el último aliento entre torturas. Nadie habría podido reconocerme: mi cuerpo era todo una sola llaga.» (Ovidio).

Pero aún en aquellos angustiosos instantes la poesía griega no dejaba á la ilustre víctima de la castidad sin los consuelos de Artemis, y hacía que le anunciara la diosa los honores que habían de perpetuar la memoria de su, en aquel tiempo, rarísima virtud. Sus severas costumbres, su inocencia, su horror á la impureza no quedaron sin recompensa: en Trezena tuvo un templo y honores divinos, y «por espacio de siglos, dice Eurípides, en honra suya cortarán las doncellas al casarse sus cabellos, le ofrecerán en homenaje sus lágrimas, y será constante asunto de sus lastimeras endechas.»

Al saber el horrible fin del inocente para quien fuera su amor tan funesto, Fedra loca de dolor pasó á su cuello corredizo nudo y se ahorcó.

A las voces y suspiros que la pena y la ira arrancaban á la vírgen Artemis por la muerte del inocente Hipólito, acudió Asclepios, y le dijo: — «Sin motivo te afliges, pues en mi mano está devolver al piadoso mancebo vida y salud: mi arte puede vencer al triste destino.» — Y de ebúrnea caja sacó los simples que ya ántes devolvieran la vida á Glaucos. Tres veces tocó el pecho del doncel; por tres veces pronunció salutíferas palabras, é Hipólito levantó la cabeza que yacía yerta y desfigurada y recobró la vida á despecho de Pluton... «Temiendo entónces que mi presencia entre los humanos había de excitar la envidia por tan estupendo beneficio, siguió diciendo el príncipe á la ninfa romana Egeria, envolvióme Diana en densa nube, y para que pudiese mostrarme impunemente y sin peligro envejeció mi semblante y alteró mis facciones. Largo tiempo estuvo dudando sobre si fijaría mi morada en Creta ó en Delos, pero al fin, renunciando á una y otra isla, me trasladó á este sitio; ordenóme dejar el nombre que podía recordarme mis corceles, y me dijo: —Hipólito fuiste; continúa siendo el mismo con el nombre de Virbio.—Desde aquel dia habito en esta selva; colocado entre los dioses inferiores, vivo oculto bajo la proteccion de la diosa y sirvo sus altares.» (Ovidio).

Así hablaba el príncipe á la ninfa Egeria en el sagrado bosque del valle de Aricia, donde decía la tradicion haberse retirado, acaecida la muerte de Numa, su desolada esposa. En Trezena, empero, mostrábase el

[1] Esta version adoptaron Eurípides, Séneca y el moderno Racine; como variante de esta tradicion supónese haber llegado el suceso á noticia del esposo de la siguiente manera: Fuera de sí de amor y despecho Fedra se ahorcó al verse desdeñada; llegó á esto Teseo y en las manos de la reina halló un billete en el cual expresaba que deshonrada por Hipólito y sin fuerzas para soportar el agravio expiaba con la muerte su infortunio.

sepulcro del desgraciado Hipólito junto al de la cruel enemiga que causó su muerte.

Dice otra tradicion que fué tanta la pena sentida por Teseo al saber el triste fin y la inocencia de su hijo, que Artemis, de él apiadada, rogó á Esculapio que empleara los recursos de su arte para devolver la forma primitiva y la existencia á los mutilados restos del mancebo. Miéntras esto hacía el hijo de Coronis, bajó ella á los Infiernos en busca del alma y la trajo á la tierra oculta debajo de su velo.

Los poetas hicieron de Hipólito una constelacion y le colocaron en la celeste bóveda con el nombre de Bootes ó el Boyero.

La resurreccion de Hipólito, segun en otro lugar queda dicho [1], fué causa de la muerte de Asclepios. Quejóse Pluton de que así se atentase contra su imperio; no vió el Padre de los dioses sin recelo que de tal modo pudiesen sustraerse los hombres á la ley de su condicion mortal, y en su enojo fulminó un rayo contra el temerario que se atrevía á oponerse á los decretos del Hado. Desde aquel dia, dice la fábula, recibió Esculapio honores divinos y fué admitido en la mesa de los dioses. En el cielo forma la constelacion Sagitario. Su culto, segun Pausanias, fué establecido en Grecia por el nieto de Asclepios, llamado Alexanor, de quien dice que vivió unos cincuenta años despues de la guerra de Troya. Ofrecíansele en sacrificio el toro, el cordero, el cerdo y tambien el gallo, emblema de la vigilancia y la viveza. Las fiestas que le estaban consagradas eran llamadas *Epidaurias* ó *Asclepiades*, y en ellas solían concederse premios á músicos y poetas.

Á lo que algunos autores suponen, el dios de la salud fué representado en un principio bajo la figura de un anciano de severo semblante; pero la imágen de Asclepios, en los monumentos de la estatuaria y numismática griega hasta nosotros llegados, es la de un hombre robusto y vigoroso en toda la fuerza de la vida. Su busto ofrece gran semejanza con el de Zeus, del que se distingue, sin embargo, por más acentuada expresion de benevolencia y por ciertas líneas más suaves en la fisonomía. En el santuario de Epidauro, donde se veneraba una magnífica estatua de oro y marfil, era el dios representado sentado en un trono, teniendo en la mano izquierda un baston en forma de cetro, y apoyando la derecha en la cabeza de una serpiente ó dragon, bajo cuya forma, considerándola como encarnacion suya, era en muchos puntos adorado.

Efecto del desenvolvimiento experimentado por la religion de Esculapio fué verse rodeado el dios en la imaginacion griega por un cortejo de demonios ó divinidades de segundo órden, cuyos nombres expresan las ideas de bienestar, de salud ó de curacion que del mismo son inseparables. Ocupa el primer lugar su esposa la dulce Hepione (la Calma), madre de Podaliro y Machaon, famosos médicos de la edad heróica, tronco de los Asclepiades ó descendientes de Asclepios, ilustres todos en el arte de curar. De Podaliro descendió Hipocoon, abuelo de Hipócrates. Viene luego su hija la vírgen Hygia (la Salud), diosa de grata sonrisa, de brillantes

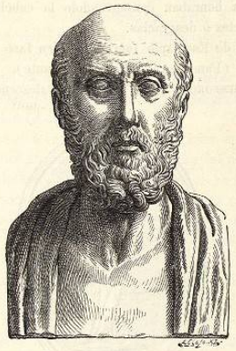


Fig. 371.—Hipócrates. (Busto antiguo).

Fig. 372.—Hygia. (Estatua antigua).

[1] Véase pág. 84.

ojos, de agraciado aspecto. La simbólica serpiente la acompaña, y en algunos monumentos calma su sed en un vaso que la diosa sostiene en la mano. Las mujeres griegas la honraban consagrándole la cabellera en las enfermedades ó desgracias.

Hijas de Esculapio fueron tambien Iaso (Curacion), Panakeia (Panacea) y Æglé (Brillante). Su hijo se llamó Telesforos; genio de la convalescencia, repre-

Fig. 373.—Hygia ó la Salud. (Camafeo antiguo).

sentábale el arte griego en figura de un niño envuelto en tupida manta y con la cabeza cubierta con una especie de gorro de dormir, imágen del enfermo al dejar por primera vez la cama.

El antiguo y venerado templo de Tricca, y los santuarios no tan antiguos de Epidauro, de Cos y de Pérgamo eran punto de reunion para los enfermos que imploraban del dios el remedio para sus dolencias. Construidos á alguna distancia de las ciudades, en sitios altos y ventilados, junto á límpidas y abundantes fuentes y en medio de sagradas arboledas de fresca sombra y alegre verdor, todo en ellos contribuía á levantar el ánimo abatido y á devolver vigor al cuerpo. Servíanlos sacerdotes que, ejerciendo la medicina, hacíanse intérpretes del dios, pues la historia de aquella en Grecia se confunde en su orígen con la de los santuarios de Asclepios. Créese que en un principio fué la ciencia médica patrimonio de familias sacerdotales que de padres á hijos se transmitirían conocimientos superiores al vulgo de los hombres; y aunque es de presumir, por los monumentos históricos, que desde remotos tiempos no se limitarían los Asclepiades á curar en el templo y que admitirían en sus escuelas discípulos de otras familias, no fué esto obstáculo para que hasta los postreros dias del helenismo acudiesen los enfermos en gran número á las *Asclepieia* ó templos de Asclepios, atraidos por la fama y el prestigio religioso de que estaban rodeados. Antes de poder consultar al dios en su santuario eran sometidos á infinitas prácticas higiénicas y religiosas á la vez, como ayunos, abluciones, purificaciones y sacrificios; así preparados, eran admitidos á pasar la noche en el templo, ya tendidos sobre la piel del animal que ántes sacrificaron, ya acostados en camas junto á la estatua de Asclepios, á lo cual se daba el nombre de *incubacion;* y allí, en medio de profundo silencio, viendo á la escasa luz de pocas lámparas á las

Fig. 374.—Esculapio, Hygia y Telesforos.

serpientes amansadas arrastrar lentamente ó enroscar sus anchos anillos, teniendo á pocos pasos la imágen de la divinidad, había de exaltarse fuertemente su imaginacion. Al dormirse, apareciaseles en sueños el dios para decirles al oido los remedios que habían de curarlos, y al dia siguiente referían cuanto vieran ú oyeran á los sacerdotes, quienes interpretaban las visiones y aplicaban el tratamiento por el dios ordenado. Los enfermos que salían curados suspendían en el templo su ofrenda ó presentalla, arrojaban en la fuente sagrada algunas monedas de oro ó plata, y por lo comun mandaban grabar en piedra sus nombres con indicacion de la enfermedad y de los remedios á que eran deudores de la salud. En Epidauro una vasta rotonda, llamada *Tholos*, contenía varios monumentos de esta clase, cuyo estudio no hubo de ser inútil para el perfeccionamiento del arte de curar. Hipócrates consultó con gran fruto el precioso archivo que de este género existía en Cos, y Plinio el Mayor tomó de una de aquellas inscripciones una receta contra la mordedura de las serpientes, deduciéndose de todo esto que la religion de Asclepios, á pesar de la parte de charlatanismo que en ella hubo de mezclarse, ejerció verdadera influencia en los progresos de la medicina griega.

Aristófanes en una de sus comedias pinta con su habitual crudeza lo que sucedía en el templo, segun la popular creencia. El enfermo de que allí se trata tiene por nombre Pluto, y el personaje que habla es el esclavo Carion:

«Carion.—Así que con Pluto llegamos al templo de Esculapio, llevamos á aquél primeramente al mar y lo bañamos. Volvimos en seguida al santuario, y despues de consagrar en el altar tortas y otras ofrendas y de entregar la flor de la harina al fuego de Vulcano, acostamos á Pluto con las ceremonias requeridas, y cada uno de nosotros se arregló como pudo en su lecho de paja.

«Una mujer.—¿Y no había otras personas que implorasen al dios?

»Carion.—Si, yo lo creo. Estaba allí Neoclides

(orador acusado de haberse enriquecido á costa del erario público), el cual, ciego como es, roba con mayor destreza que otros muchos que ven claro, y ademas otros muchos enfermos aquejados de toda clase de dolencias. Apagadas las lámparas, el sacerdote del dios nos excitó á conciliar el sueño, encargándonos que en caso de oir algun ruido permaneciésemos quietos y silenciosos. Pero en cuanto á mí sentíame muy despabilado: un plato de gachas colocado en la cabecera de una vieja, despertaba mi apetito y con ardor deseaba deslizarme hasta él. Con esta idea incorporéme, y al levantar la cabeza ví al sacerdote arrebañar de la mesa sagrada las tortas y los higos secos sin dejar uno; igual operacion practicó en todos los altares, y tortas é higos y demas, todo fué á parar al saco que al efecto llevaba en las manos. Accion semejante me alentó para precipitarme hacia el plato codiciado.

»Una mujer.—¡Ah, miserable! ¿Y no temiste el enojo del dios?

»Carion.—Lo que temí fué que el dios con su corona y recio baston llegara ántes que yo á las apetitosas gachas. La vieja, al oir ruido, sacó la mano para coger el plato, pero yo entónces, silbando como las serpientes, apliquéle solemne mordisco. Sin proferir un grito, retiró la mano y se envolvió en sus mantas, miéntras yo me hartaba con sus gachas y volvía á acostarme con el estómago lleno.

»Una mujer.—Y á todo esto, ¿no se presentaba el dios?

»Carion.—No tardó en acercarse á mi cama y, asustado, me arrebujé con las sábanas. El dios iba dando la vuelta y visitaba gravemente á los enfermos uno por uno. Luego un esclavo le trajo un mortero de piedra, un majadero y una cajita.

»Una mujer.—Pero ¿cómo podías ver todo eso, tunante, arrebujado en tu cama?

»Carion.—Veíalo todo al traves de la manta, agujereada cual cedazo. El dios preparó una cataplasma para los ojos de Neoclides; de una cabeza de ajos echó tres dientes al mortero, los majó mezclándolos con goma y lentisco, y rociado todo con vinagre, aplicólo á la parte interior de los párpados para que fuese el dolor más vivo. Neoclides gritaba con todas sus fuerzas y quería saltar de la cama; pero el dios, entre risueño y severo, le contuvo y le dijo:—Aquí quedarás con tu cataplasma; no quiero que sigas jurando en falso en las asambleas.—Dirigióse luego á Pluto, y despues de tentarle la cabeza, le limpió los ojos con un lienzo muy limpio; Panacea cubrióle cabeza y cara con un velo de púrpura, y á un silbido del dios acudieron, de lo más retirado del templo, dos enormes serpientes.

»Una mujer.—¡Justos dioses!

»Carion.—Los reptiles se deslizaron suavemente debajo del purpúreo velo y lamieron, á lo que creo, los párpados del enfermo. Pues bien, en ménos tiempo del que tú emplearías en apurar diez *cotilas* del añejo, recobró Pluto la vista. Fuera de mí de contento, batí palmas y con ello disperté á mi amo; en el mismo instante desapareció el dios, y las serpientes se ocultaron en oscuro rincon. Cuantos estaban acostados cerca de Pluto le abrazaban y festejaban á porfía, permaneciendo despiertos toda la noche hasta que asomó la aurora. De mí sé decir que no cesaba de dar gracias al dios por haber con prontitud tal devuelto la vista á Pluto y aumentado la ceguera de Neoclides.» (Aristófanes).

«Alexanor levantó un templo en Titane en honor de Esculapio, dice Pausanias; á su alrededor fué plantado un bosque de cipreses, que en la actualidad es ya muy viejo; en las cercanías residen varias familias y en especial los ministros del dios. En cuanto á la estatua que allí se vé, nadie, á no ser el mismo Alexanor, puede decir su autor ni la materia de que está compuesta: viste túnica de lana blanca y manto, de modo que únicamente pueden verse el rostro, los piés y las manos. Lo mismo ha de decirse de la estatua de Hygia á ella inmediata; los muchos cabellos de que le han hecho ofrenda las mujeres y las cintas y pedazos de seda con que la han adornado la ocultan casi por completo. Todos los que entran en el templo deben ante todo prestar homenaje á Hygia.»

Tambien eran cipreses los árboles que rodeaban el santuario de Epidauro. «El bosquecillo que forman está por todos lados limitado por robustos mojones, y en su recinto no pueden morir los enfermos ni parir las mujeres, lo propio que en la isla de Delos. Cuanto al dios se sacrifica ha de ser allí mismo consumido; Epidaurios y extranjeros están sujetos á esta ley, y me consta que lo mismo sucede en Titane. La estatua del dios, de marfil y oro, es como la mitad de la del Júpiter Olímpico de Atenas, y la inscripcion acredita ser obra de Trasymedes, hijo de Arignotos, natural de Paros. Está el dios sentado en un trono, teniendo en la mano un baston y apoyando la otra en la cabeza de una serpiente; á su lado hay un perro echado. A poca distancia del templo se han construido algunas casas para comodidad de las personas que acuden á implorar al dios, y ántes de llegar á ellas encuéntrase una rotonda ó pabellon circular de mármol blanco, digno de ser visitado. Decóranlo pinturas de Pausias, y representan las de un lado á Cupido que, habiendo arrojado arco y flechas, pulsa la lira, y las del otro á la Embriagnez bebiendo en botella de vidrio, á traves de la cual se distingue un semblante de mujer. Existían ántes en este mismo recinto muchas columnas, de las cuales sólo quedan seis, teniendo escritos los nombres de las personas curadas por el dios, la enfermedad que padecían y los remedios aplicados, todo en lengua dórica. En una coluna muy antigua, que no está en línea con las otras, se lee que Hipólito consagró á Esculapio un caballo de bronce. Sobre esto poseen los moradores de Aricia una tradicion segun la cual Hipólito, muerto por efecto de las imprecaciones de su padre, fué resucitado por Esculapio. Vuelto á la vida jamas pudo perdonar á Teseo

su crueldad, y desoyendo sus ruegos marchó á Aricia, ciudad de Italia, reinó en ella, y erigió un templo á Diana.» (PAUSANIAS).

FIG. 375.—Ofrenda á Esculapio. (Cuadro de Guérin).

Todo en aquellos santuarios conspiraba para procurar á los enfermos, á la vez que el sosiego del espíritu, físico bienestar; á salutífero influjo de aires puros, de corrientes aguas, de regaladas sombras, uníanse variadas distracciones. Dentro del sagrado recinto de Epidauro hallábanse un estadio y el magnífico teatro obra de Polycleto, y en la época de la dominacion romana el emperador Antonino hízolo aún más agradable dotándolo de magníficos baños y levantando nuevos templos, en los que colocó muchas estatuas é infinitas obras de arte. Ademas de todo esto cada cinco años verificábanse allí, nueve dias despues de las fiestas Istmicas, juegos gímnicos y musicales, cuya fama atraía de todos los pueblos de Grecia numerosos espectadores. Tambien en Cos se celebraban fiestas en honor de Asclepios.

Al ser invadida Grecia por las religiones egipcias, tuvo éste un rival en Serapis, quien estaba dotado como él de atribuciones curativas. En Pérgamo, Hermione y Orcomeno hánse hallado vestigios de uno y otro culto, y si de ningun modo puede afirmarse que Asclepios fuese totalmente destronado por Serapis, parece sí fuera de duda que la singular predileccion de que fué objeto la divinidad egipcia á contar desde Ptolomeo Filadelfo, arrebató á Asclepios en distintas comarcas de Grecia una parte de sus adoradores.

El Asclepios griego fué, con el nombre de ÆSCULAPIUS, conocido en Roma como dios de la medicina mucho ántes de recibir el tributo de las preces públicas, al igual de lo que sucediera con Cástor y Polux, con Hermes y otras divinidades griegas. En el año 463 de Roma (291 ántes de J. C.) fué cuando los libros sibilinos, con motivo de espantosa peste, aconsejaron ir á Epidauro en busca de la deidad y trasladarla á Roma. Partió, pues, para el Epiro solemne embajada, y al entrar los enviados en el templo la sagrada serpiente se puso espontáneamente en movimiento, dice Tito Livio, y les acompañó luego hasta su buque. Instruidos que estuvieron los Romanos de las ceremonias de su culto, dieron á la vela llevándose el reptil que era mirado como el genio de Esculapio; hicieron escala en Antium, y allí la serpiente se escapó de la nave y se enrosco en una palmera del bosque de Apolo en cuyo sitio se levantó despues un templo que gozó de gran fama. Á los tres dias volvió al buque; embarcada en él llegó á Roma, y entónces se dirigió nadando á la isla del Tiber dónde se instaló entre las cañas, cesando al mismo tiempo la peste. En medio de la isla erigióse al dios Esculapio un santuario á poca distancia del de Júpiter. «En este dia (6 de enero) nuestros mayores consagraron dos templos; la isla que el Tiber rodea con sus dos brazos recibió el fruto de los amores de Febo y de la ninfa Coronis. Tambien Júpiter reside allí: morada de ámbos fué aquel sitio, y el altar del nieto levantóse al lado del de su preclaro abuelo.» (OVIDIO).

El culto de Esculapio era enteramente griego; la estatua del dios llevaba el característico baston y la serpiente, cuya significacion simbólica fué por los Romanos con facilidad admitida en cuanto era entre ellos opinion comun tener por sagrados á aquellos animales. Sacrificábanse al dios gallos y tambien perros. Dependencia del templo era una especie de edificio sanitario, probablemente imitado de las *Asclepieia* de Grecia, y en él había una sala en que los enfermos pasaban la noche, esperando recibir en sueños los auxilios y las revelaciones del dios. Toda la isla quedó consagrada á Esculapio, y á fin de eternizar la memoria de la llegada de la serpiente dióse á aquella, por medio de un muelle de mármol, la forma de nave.

Así ha contado la poesía estos sucesos: «¡Oh Musas, deidades protectoras de los poetas! vosotras que nada ignorais, para quienes no tienen velos los siglos más remotos, decidme, os ruego, cuándo y cómo fué que la isla cercada por las aguas del Tiber admitió á Esculapio entre los dioses de Roma.

»Hubo un tiempo en que horrible peste inficionó las auras del Lacio; sus moradores, afligidos por el azote, más que séres humanos parecían fantasmas. Cansados de funerales, convencidos de la impotencia de los humanos esfuerzos y de los recursos del arte, invocaron al cielo y enviaron á consultar el oráculo de Delfos, colocado en el centro del mundo. Los embajadores imploraron de Apolo la salvacion de un pueblo infortunado y el término de los desastres que afligian á la gran ciudad; á sus ruegos el

su cruzada, y desoyendo los ruegos marchó á Ardea, ciudad de Italia, [illegible] y erigió un templo á Diana.» (Plutarco.)

Todo en aquellos santuarios [illegible] á los enfermos, á la vez que [illegible] físico bienestar; á salutífero influ[illegible] corrientes aguas, de escaladas [illegible] distracciones. Dentro de [illegible] hallábanse [illegible]

[illegible] parte de sus [illegible]

El Asclepios griego fué [illegible] pius, conocido en Roma como dios de la m[illegible]

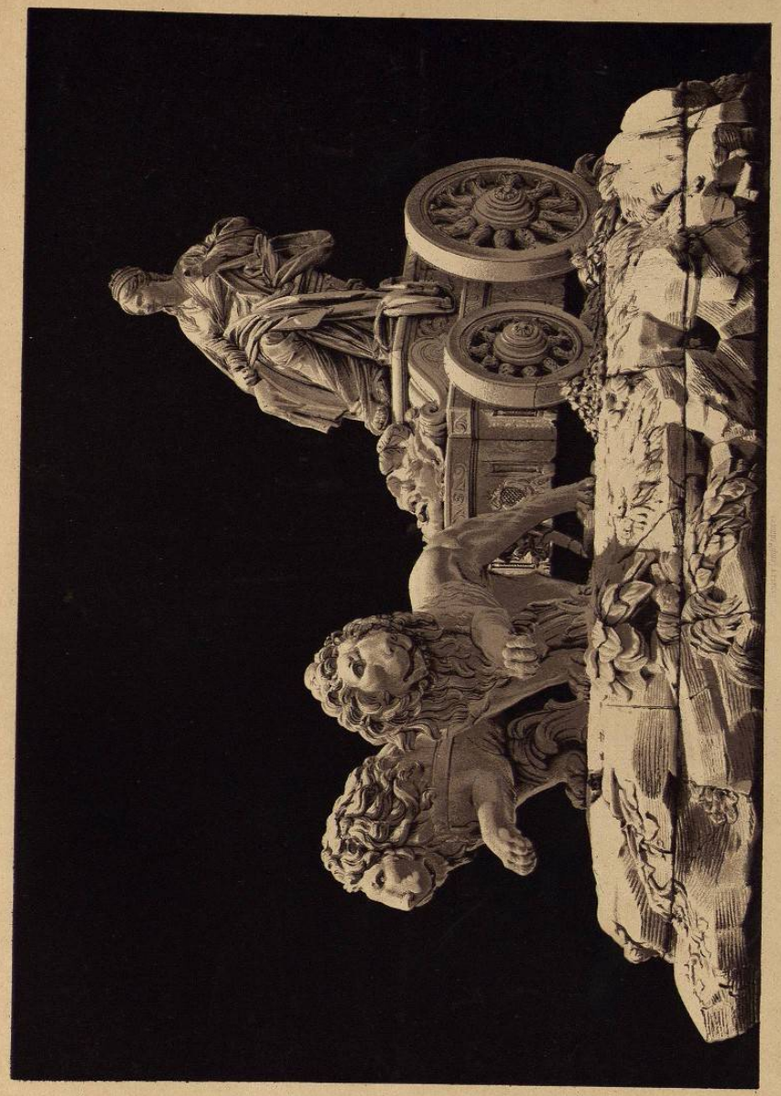
[illegible] el tributo de las preces públicas, al igual que sucediera con Cástor y Polux, con Hermes y otras divinidades griegas. En el año 463 de Roma (291 años de J. C.) fué cuando los libros sibilinos, con motivo de espantosa peste, aconsejaron ir á Epidauro, [illegible] de la Ciudad y trasladarla á Roma. Partió, [illegible] á Epidauro solemne embajada, y al entrar los [illegible] la sagrada serpiente se puso espon[illegible] miento, dice Tito Livio, y les acom[illegible] buque. Instruidos que estuvieron los [illegible] ceremonias de su culto, dieron á la vela [illegible] que era mirado como el genio de Es[illegible] escala en Antium, y allí la serpiente se [illegible] y se enrosco en una palmera del bos[illegible] en cuyo sitio se levantó despues un templo [illegible] gran fama. Á los tres dias volvió al buque; [illegible] en él llegó á Roma, y entónces se dirigió na[illegible] á la isla del Tiber dónde se instaló entre las cañas, [illegible] al mismo tiempo la peste. En medio de la isla [illegible] al dios Esculapio un santuario á poca distancia [illegible] de Júpiter. «En este dia (6 de enero) nuestros ma[illegible] consagraron dos templos: la isla que el Tiber [illegible] dos brazos recibió el fruto de los amores [illegible] de la ninfa Coronis. Tambien Júpiter reside [illegible] de ambos fué aquel sitio, y el altar del nieto [illegible] lado del de su preclaro abuelo.» (Ovidio).

[illegible] de Esculapio era enteramente griego; la [illegible] llevaba el característico baston y la ser[illegible] simbólica fué por los Romanos [illegible] en cuanto era entre ellos opinion [illegible] á aquellos animales. Sacrificá[illegible] y tambien perros. Dependencia del [illegible] una especie de edificio sanitario, probable[illegible] de las *Asclepieia* de Grecia, y en él habia [illegible] en que los enfermos pasaban la noche, esperando [illegible] los auxilios y las revelaciones del dios.

[illegible] consagrada á Esculapio, y á fin de [illegible] de la serpiente dióse [illegible] de mármol, la forma

[illegible] sucesos: «¡Oh Musas, [illegible] poetas! vosotras que nada [illegible] tienen velos los siglos más [illegible] os ruego, cuándo y cómo fué que la [illegible] las aguas del Tiber admitió á Esculapio [illegible] de Roma.

[illegible] tiempo en que horrible peste inficionó las [illegible], sus moradores, afligidos por el azote, [illegible] humanos parecian fantasmas. Cansados de [illegible] cidos de la impotencia de los humanos [illegible] los recursos del arte, invocaron al cielo y [illegible] el oráculo de Delfos, colocado en el [illegible] embajadores imploraron de Apolo [illegible] tinado y el término de los [illegible] á la gran ciudad; á sus ruegos el



LA CIBELES.

Grupo escultórico existente en el Paseo del Prado de Madrid.

templo, el laurel del dios y el carcaj que lleva a la espalda, se movieron á una, y del fondo del santuario el trípode profético sembró con estas palabras el estupor en los corazones: — Lo que buscais aquí ¡oh Romanos! habríaislo alcanzado sin andar tan léjos; aún ahora podeis hallarlo cerca de vuestros hogares. Para que vuestros dolores tengan fin no necesitais á Apolo, pero sí á su hijo. Partid, pues, bajo felices auspicios, y llevadlo á Roma. — Conocida que fué esta respuesta por el docto Senado, informóse del lugar en que mora el jóven hijo de Apolo; dirígese una embajada á Epidauro, y apénas la nave ha tocado en la orilla cuando se presentan los embajadores al consejo de los Griegos para rogarles les concedan llevarse un dios cuya presencia en Ausonia ha de acabar la dilatada série de los funerales y declararles al mismo tiempo que así lo ha dispuesto el oráculo. Divídese la asamblea en encontrados pareceres: creen unos que han de ayudar á los Romanos en su cuita; piensan los más que no conviene renunciar, entregando la divinidad, á su poderoso auxilio.

»Duraba aún la incertidumbre cuando el crepúsculo sucedió á los postreros fulgores del dia y la noche con sus sombras envolvió á la tierra. En aquel momento ¡oh Romanos! el dios compasivo se os presenta en sueños junto á la cama, tal como se le ve en su templo, llevando un baston rústico en la mano izquierda y acariciando la barba con la derecha, y con voz reposada así os habla: —Desechad todo temor. Iré con vosotros y para ello me despojaré de mi actual semblante. Mirad con atencion la serpiente cuyos anillos enlazan este baston, á fin de que podais reconocerla; en ella me convertiré, y al hacerlo será aún mayor mi grandeza, pues en tal forma está bien que se presenten los cuerpos celestes. — Desaparece el dios; la voz enmudece; el sueño se aleja, y el dia renace.

«La Aurora ha arrollado los nocturnos astros, é indecisos los magistrados acerca del partido que más convenía adoptar, congréganse en el magnífico templo de Esculapio para rogar al dios que por medio de celestiales signos dé á conocer el punto en que prefiere tener su morada. Concluida que fué la plegaria, el dios en forma de serpiente de dorada cresta descubrió su presencia con agudos silbidos. Á medida que se acerca, estatua, altar, puertas, el mármol del suelo y la techumbre del templo, todo se conmueve; erguido de medio cuerpo arriba, detiénese en el centro del augusto recinto y gira á su alrededor sus brillantes pupilas. El pueblo está mudo de espanto, y el pontífice, cuya sagrada cabeza ciñen blancas cintas, reconoce á la divinidad y exclama: — ¡Ahí está el dios! Auxiliad mis preces con las vuestras cuantos estais aquí presentes. ¡Poderoso dios, sednos propicio! ¡Ven en auxilio de un pueblo que honra tus altares! — Dócil á su mandato la asamblea adora al dios; repiten los Romanos las palabras del pontífice, y con la voz y el corazon acompañan su plegaria. Óyclos Esculapio, y para anunciar que son sus votos acogidos sacude la cresta y deja oir tres silbidos. Con la cabeza vuelta hacia atras se desliza por las pulidas gradas del santuario; pero ántes de dejar sus antiguos altares los mira, y saluda su antigua morada, el templo que hasta aquel momento habitara. Arrastrándose por la tierra cubierta de flores, desliga sus anchos anillos, atraviesa la ciudad y se adelanta hasta el muelle circular que protege el puerto. Llegado allí se detiene; diríase que sus ojos se fijan con complacencia en el cortejo que le acompaña y que goza en los homenajes de la multitud que le rodea. Sube á la nave latina, la cual á la pesadumbre de la divinidad más se sumerge. Los Romanos, con transportes de alegría, inmolan un toro en la orilla y levan el ancla que contenía inmóvil á la nave coronada de rosas.

»Suave brisa hincha la vela; el dios se incorpora y apoyando en la popa su cabeza contempla las tranquilas olas. Al impulso de favorables vientos surca la nave el mar de Jonia, y á la sexta aurora vaga hacia Italia. Deja atras á Lacinia, famosa por el templo de Juno, á Scylacea é Iapigia. Á fuerza de remos evita por la izquierda los escollos de Anfisso, y por la derecha los temidos montes Ceraunios, Romechio, Caulona y Naricia; atraviesa el angosto paso del Peloro y dobla el reino de Eolo, las minas de Temeso, Leucosia y los campos de Pesto, cubiertos de rosales. Pasa por Caprea, aléjase del promontorio de Minerva, de las colinas de Sorrento, fecundas en generosos vinos, y de la ciudad de Hércules; Stabias, Parténope, de deleitables ocios, el templo de la sibila de Cumas, las aguas termales de Bayas, Linterna, fértil en lentiscos, el arenoso Vulturno, Sinuesa, donde moran en gran número bandadas de blancas palomas, Minturno, de sofocante ambiente, Caieta donde Eneas dió á su nodriza sepultura, Formies, antiguo reino de Antipater, Tracas, rodeada de pantanos, la tierra de Circé y finalmente Antium, oscurecida por constante niebla, ofrécense sucesivamente á la vista de los navegantes.

»Hacia el último punto dirigen los marineros el rumbo para evitar la tormenta que se desencadena. El dios va desatando sus anillos y se desliza hasta el templo de Apolo que en la playa se levanta. Calmadas las olas el dios de Epidauro se aleja del altar hospitalario de su padre, y abriendo un surco en la arena con sus ruidosas escamas, vuelve á la nave, y apoyado en el gobernalle descansa su cabeza en la popa hasta que llega á Castro, á los sagrados campos de Lavinia y á la desembocadura del Tiber. Acuden entónces en tropel hombres, mujeres, y las vírgenes encargadas de velar por el fuego de Vesta, divinidad protectora de Troya, y todos le saludan con alborozada gritería. Sube la nave el rio, en cuyas riberas se levantan altares donde arde el sagrado fuego; por todos lados se elevan nubes de incienso que llenan el aire de deliciosa fragancia, y cae la víctima al golpe de la sagrada cuchilla, á la cual enrojece con su sangre. El buque entra por fin en Roma señora del mundo; la serpiente se lanza hasta el extremo del mástil, y allí

mueve la cabeza á todos lados como buscando el lugar en que ha de establecer su residencia. Divídese el rio en dos brazos, y la isla que forma entre ellos es llamada con su mismo nombre; á ella se retira la sagrada serpiente al dejar la nave, y recobrando su celeste figura pone término al luto del pueblo y es el salvador de Roma.» (Ovidio).

Fig. 376.—Esculapio en la isla del Tíber. (Medalla de Cómodo).

En seguimiento del dios llegaron á Roma procedentes de Grecia gran número de médicos y no pocos charlatanes, los que, á pesar de la prevencion con que fueron recibidos por las familias adheridas á las ideas antiguas, alcanzaron en breve el favor del vulgo. Su clientela aumentó más y más de cada dia, sirviendo de poco que Caton quisiera poner en guardia á los Romanos contra los remedios de los Griegos y les recomendara las añejas prescripciones de la medicina doméstica; y sin embargo, nunca los médicos lograron establecerse en Roma sobre sólida base, siendo en general la profesion de la medicina patrimonio exclusivo de los Griegos. Pero si el arte médico y los que lo profesaban fueron mirados siempre en Roma con cierto desvío, no sucedía lo propio con el dios que era como personificacion del mismo. Su culto llegó á ser de los más populares, y Esculapio, hijo de Apolo, Esculapio, el sabio, el amigo y valedor de los hombres, fué quizas el que más larga resistencia opuso á las portentosas conquistas de la religion cristiana.

Así, pues, tambien respecto de las divinidades que presidían á la curacion de las enfermedades prevaleció en Roma la influencia griega, y esto con facilidad tanto mayor en cuanto en la Italia primitiva los dioses de la medicina no se distinguían apénas ni tenian especial carácter. Júpiter era el orígen de todas las curaciones, y ademas de su amparo eran invocados en trance de enfermedad Vejovis, Juventas y Marte *Averruncus*, númenes nacionales, junto á los que con el transcurso del tiempo colocáronse como potestades curativas el Apolo griego primero y en seguida su hijo Esculapio, conforme acabamos de explicar. Con todo, subsistió, cuando no otra cosa, la venerada memoria de algunas otras deidades, y de ellas vamos á decir pocas palabras.

Salus (Salud) tenía por nombre la diosa de la curacion; era de orígen sabino, y por lo tanto estaba su templo situado en el Quirinal, junto á una colina que fué llamada la Saludable. Fundóse el templo durante la guerra del Samnium, más de 300 años ántes de la era cristiana, y aún en el siglo de Augusto eran celebrados los frescos que en aquella remota época había pintado en sus paredes el romano Fabio Pictor. Un colegio particular de sacerdotes estaba destinado á su culto, y únicamente á ellos era dable contemplar la estatua de la diosa. Celebrábase su fiesta el dia 8 de agosto, y como su nombre era invocado así en las preces particulares como en las que se elevaban al cielo por la ciudad y el emperador, de ahí que hubiese una *Salus* pública, cuyo nombre era citado á continuacion del de las tres divinidades capitolinas, y una *Salus Augusta*, muy comun en medallas é inscripciones.

Con una y otra denominacion era la diosa invocada en lo que se llamaba *Augurium Salutis*, una de las ceremonias más importantes de Roma: augures, pontífices y magistrados se dirigían solemnemente á pedir para la ciudad, para la república la benevolencia de la diosa. Alguna vez, aunque por excepcion, invocábase á Salus en favor de determinada persona, y así se hizo cuando Pompeyo cayó enfermo en la ciudad de Nápoles. En la época imperial hízose de esta práctica ordinaria costumbre, y Neron llegó á fundar juegos especiales llamados *Neronia* para alcanzar dichoso y dilatado reinado. Introdújose entónces la costumbre de jurar por la salud del emperador, y los cristianos, al paso que rehusaban prestar juramento por el Genio ó la Fortuna del César, consentían en usar de aquella fórmula reputándola inofensiva é inocente.

Para interrogar los agüeros de la diosa Salud se exigía que durante el año no hubiese salido de Roma ejército alguno y que reinase la paz. Representábasela por una doncella sentada en un trono y coronada de hierbas medicinales; pero con ella sucedió lo que con los demas cultos indígenas; identificada poco á poco con Hygia, su nombre al fin sólo expresó la idea de esta divinidad helénica.

Febris (la Fiebre), de muy antiguo venerada en el valle del Tíber, tenía en Roma tres santuarios; uno en el Palatino, otro en el Esquilino y el tercero en el Quirinal. Los enfermos una vez curados solian colgar en ellos los remedios que habían usado y en especial los amuletos.

Vacuna, antigua diosa sabina y objeto de culto muy popular, ha de considerarse igualmente como diosa de la salud si se la mira por sus atributos pacíficos, ya que al parecer se le conferían otros enteramente bélicos, segun los que ha de ser tenida por una divinidad de los triunfos guerreros. En el primer concepto decíase de ella haber abierto el canal por el que se abrían paso hasta el Nar las aguas que ántes inundaban la campiña de Reate, imposibilitando toda clase de cultivo y ocasionando muchas enfermedades. Quizas de esto, de *vacuo*, tomó la diosa su nombre de Vacuna. En aquellos campos, en medio de sagrado bosque, era adorada en renombrado santuario, y

ademas tenía otro en el collado que domina el valle de la Digentia, á poca distancia de la *villa* de Horacio.

La diosa Angitia era venerada por los Marsos en las riberas del lago Fucino con caractéres al parecer idénticos á los que atribuían los Sabinos á Vacuna en el lago Velino. Angitia era, pues, una deidad de las curaciones, muy entendida en el empleo de los simples y específicos. Como á Vacuna tributábasele culto en bosquecillos sagrados, siendo centro principal del mismo las inmediaciones del lago Fucino, en cuyas breñas abundaban las víboras y las hierbas salutíferas. En la aldea de Luco existen todavía las ruinas de un monumento que se cree le estuvo dedicado. Angitia, nombrada en algunos textos Anguitia, lo cual la constituye en diosa de las serpientes, fué una divinidad nacional, en la que decían tener orígen varias familias del pais; su nombre derívase al parecer de la raiz *ancus*.

Tenían fama los Marsos de expertos en el uso de los simples y en fórmulas para conjurar el veneno de las serpientes, y á Angitia se la identificaba ora con la Circé de Circeium, cuyo hijo era mirado como el progenitor de los Marsos, ora con la Medea griega, quien, fugitiva de Cólchida, creíase haber sido arrojada á las costas de Italia. La Circé de Circeium que fué en la época primitiva una divinidad de la categoría de Bona Dea y Fauna, presidió á la humedad y á la vegetacion, y aunque los Griegos de Cumas la identificaron muy pronto con la Circé helénica, es seguro que tuvo carácter indígena y nacional, en cuanto era asimilada á la Marica de Minturno, mujer de Fauno y divinidad esencialmente itálica. El antiguo y sagrado bosque de Marica estaba situado en la desembocadura del Liris, y para formarse idea del carácter y de los atributos de esta diosa no hay sino decir que junto á ella era adorada la Afrodita griega, divinidad de la vegetacion exuberante. Probablemente á causa de tales santuarios llegaron á obtener gran fama las ferias de Minturno, y en el bosque sagrado de Marica buscó asilo el fugitivo Mario.

La helénica Circé, famosa por sus mágicos filtros y conjuros, fué hija del Sol y de la Oceánide Perseis; otras fábulas la suponían nacida de la union del Dia y de la Noche, ó de Eetes, hijo del Sol, y de Hecate, la cual la formó en su funesto arte, lo mismo que á su hermana Medea.

Maga consumada poseía Circé poder para hacer descender á la luna del cielo á la tierra, para suspender el curso de los rios y metamorfosear á los vivientes, y á esto unía profundo conocimiento de las hierbas ponzoñosas. Dotada de tan singular hermosura y claro ingenio como de perversas inclinaciones, llevó al más alto punto el desenfreno en vicios y maldades. Esposa de un rey de los Sármatas, envenenó la copa nupcial; para librarse del furor del pueblo huyó á un promontorio de Campania, y sola, errante por entre peñas y precipicios, recogía la ponzoña de las plantas y el veneno de los reptiles. Holgado velo, sembrado de rojas estrellas, ceñía su frente cayendo en anchos pliegues hasta el suelo, y con la mágica varilla que llevaba en la mano trazaba á su alrededor misteriosos círculos. Su padre Helios condújola en su carro á la isla de Ea, llamada tambien de Circé, á poca distancia del cabo Circeio.

Desde muy antiguo, segun lo hemos visto en la leyenda de Pico, penetró la fábula de la Circé helénica en las tradiciones itálicas.

La imágen de Circé varía segun el tiempo y lugar en que se la representa. Al otorgar su mano al arrogante príncipe sármata, es como Vénus subiendo al trono de Pafos y de Gnido; si trama la perdicion de Scila, arruga su frente la ira y sus espumantes labios expresan el enojo que en su pecho arde; en sus erizados cabellos se entrelazan víboras; la tormenta ruje en el cielo, y obediente el rayo surca en la tierra el mágico círculo que la rodea. Lívido resplandor ilumina sus terribles ademanes, su varilla amenazadora, su negro velo, su brillante traje; el negro vapor de que las emponzoñadas copas se eleva llega hasta los cielos, cuyos moradores miran con horror el espantoso conjuro. Muy otra es al recibir en su isla al rey de Itaca y á los héroes que le acompañan: cándidas rosas coronan entónces su rubia y perfumada cabellera; embellece su frente el pudor, la persuasion brilla en sus labios. Sus dulces ojos expresan el amor, su actitud el atractivo de la resistencia que desea ser vencida; su transparente túnica descubre las líneas de su flexible talle, y los zéfiros juguetean en los pliegues de su velo, alrededor de sus brazos torneados y de sus piés alabastrinos. Tiene en una mano su varilla rodeada de flores, y presenta con la otra la copa de la hospitalidad. Así, de estas diferentes maneras la han pintado los poetas.